

JOSÉ MANUEL CHILLÓN, *El pensar y la distancia*, Salamanca, Sígueme, 2016

DISTANCIA, HUMILDAD Y CRÍTICA

El volumen que nos ocupa supone un dulce acontecimiento para todos aquellos que contemplamos con estupor los meandros tomados por la filosofía desde los últimos años del pasado siglo. Un momento sin duda fecundo en cuanto al número de debates y disquisiciones, más parco en su contenido.

La aceleración y la inmediatez que caracterizan nuestro presente han dejado desgraciadamente su eco en el horizonte filosófico contemporáneo, de tal modo que no terminan de concretarse siquiera las dificultades; con mareante rapidez surgen nuevas tribulaciones que demandan su espacio de discusión, y que sin

más argumento que su juventud, desplazan las consideraciones aún abiertas a un segundo plano.

Esta frenética oscilación –la aporética y estéril tensión entre la búsqueda rauda de respuestas y la novedad conceptual– en la que nos encontramos ha lastrado el carácter de nuestra materia, que parece ser víctima de «lo aplicado»: éticas aplicadas, ciencias aplicadas –en plural–, etc., son hitos ejemplares de la penuria contemporánea.

Sabedor y testigo de este doliente tiempo, que ha convertido el cambio en algo monótono, el autor nos regala un delicioso libro que nos invita en primer lugar, de manera implícita, a *detenernos*: con lúcida precisión cuestiona el carácter de las numerosas respuestas que desde algunos estratos se exigen a la filosofía. Frente a la vacuidad de las sentencias que parecen definir el siglo XXI, José Manuel Chillón pone de manifiesto una decidida voluntad de liberar a la reflexión filosófica de las estrecheces que delimitan su espectro. De ahí su inestimable recomendación de detenernos. Detenernos para comprender cómo el rumbo trazado no imprime una disposición favorable para el ejercicio filosófico; detenernos para volver a contemplar el presente con la agudeza del pasado. Esta primera exigencia del pensar nos conduce a una segunda, más importante si cabe para quien firma la obra, que da título a las páginas a las que tan ávidamente nos hemos entregado: la «distancia».

El profesor Chillón recupera para la distancia el rol determinante que ésta ostentó en los momentos estelares del pensamiento. La distancia no como mero mecanismo filosófico –de ser así, seguiríamos constriñendo nuestra disciplina en los estrechos márgenes que hoy la asfixian–, sino como elemento esencial.

La pregunta que nos asalta, y que queda resuelta magistralmente, no es otra que «¿distancia respecto de qué?». Distancia entre lo que «somos capaces de pensar y la inmensidad del mundo y de los otros», como nos dice en la primera página de la Introducción. Comprendemos así que la distancia como constituyente clave de la filosofía hace de ésta un ejercicio de humildad; implica el reconocimiento de nuestra finitud –rasgo crucial para la fenomenología, que pasaremos a considerar más adelante– para con la realidad a la que hemos sido arrojados. La humildad como atributo del ser humano compromete tanto la caracterización de la filosofía como su actitud: la comprensión de los fenómenos a la que podemos aspirar debe renunciar a las esforzadas empresas modernas que anhelaron encorsetar el mundo en categorías dogmáticas.

La puesta en valor que se hace de la detención, de la distancia y de la humildad en cada una de las páginas no tiene por objetivo sino recuperar la «forma filosófica de existencia» que nutrió las primeras etapas del pensamiento occidental. José Manuel Chillón se muestra cómodo heredero de aquel bello pasaje de la *Apología de Sócrates* en el cual el maestro admite que no es digna

de ser vivida una vida sin filosofía, entendiendo por tal aquella consistente en conversar cada día acerca de la virtud (cf. *Apología*, 38 a).

El argumentario del autor adquiere progresivamente mayor refinamiento y complejidad, enriqueciéndose el alcance de su proyecto. La aspiración socrática de una vida digna, esto es, de una forma filosófica de existencia, lo fuerza a depurar sus postulados para, entre otras cosas, ahondar con rigor en el suelo nutricional de la tradición occidental. Así, no será suficiente por ejemplo su insistencia en la distancia, sino que habrá de repararse en la conciencia de la misma, o sea, en la comprensión de sus implicaciones y frutos. A ello le sigue inmediatamente que la distancia se concreta efectivamente; que la forma filosófica de existencia, la vida merecedora de ser llamada «vida» es aquella que se concreta en la libertad.

Esto permite a nuestro autor avanzar un paso más hacia la ulterior enseñanza de su libro: la de una vida libre. Como cabe esperar, opera con una acepción de «libertad» radicalmente distinta de la manejada coloquialmente. Su esfuerzo por asentarse sobre las raíces germinales de la filosofía así lo exige. Frente a las manifestaciones modernas de la libertad—¿cómo olvidar la fórmula hobbesiana, en el capítulo 21 de *Leviatán*, de la libertad como el silencio de la ley?—, nos transporta a un estadio anterior, primigenio si se quiere. La libertad como experiencia filosófica genuina.

La identificación de la experiencia filosófica con la experiencia de libertad goza de una potencia portentosa, amén de ofrecernos a nosotros, hijos del nihilismo, una hoja de ruta fascinante para reconstruirnos como sujetos tras la muerte de Dios. La fuerza que adquiere la libertad en este prisma estriba menos en lo que permite que en lo que *contempla*: su dominio no es la legislación, sino el enjuiciamiento más meticuloso del medio en que nos encontramos. La libertad no se concreta entonces desde el orbe político, sino desde un planteamiento existencial: la libertad es una experiencia de comprensión de la realidad sólo accesible desde la distancia abierta entre nuestra finitud y el mundo.

La categoría fenomenológica de la finitud vertebrada por tanto la incursión del profesor Chillón en la libertad: «la libertad es siempre una experiencia de insatisfacción con lo dado», señala en la p. [18], donde nos topamos con que la libertad redundante, con Heidegger, en *apertura*. Así parece cerrarse la ecuación de la finitud, la distancia y la libertad. Sin embargo, la fortaleza teórica de este libro impulsa la reflexión a un último nivel, el de la «crítica». Y es que la experiencia de insatisfacción anteriormente mentada comporta un compromiso de superación y acomodo; el de un perenne enjuiciamiento que busca armonizar nuestra existencia dentro del fragor de lo dado. Luego se trata de una apropiación de la íntima realidad de nuestra vida: convertirnos en ese Sócrates que prefiere aceptar

una condena de muerte antes que saberse degradado, antes que experimentarse demasiado *cercano* a lo dado.

Ahora bien, detención; distancia; libertad; y crítica, tal como han sido expuestos, pueden inducirnos a un malentendido. No deben ser vistos como una secuenciación cronológica. Se trata más bien del *kairós* del pensar filosófico: una indisoluble unidad fundada en la finitud que busca dar respuesta a la esencial pregunta de la filosofía: cómo vivir, cómo procurarse una vida digna, auténtica; no hay mayor muestra de humildad, como se desprende de estas páginas, que reconocernos incapaces por nosotros mismos de responder a esto. De ahí la necesidad que nos plantea el autor de reubicarnos en el horizonte filosófico genuino; saber eludir la meditación acelerada e inmediata para *detenernos*, por el contrario, en la experiencia que compone la propia pregunta por la vida como proyecto de existencia filosófica.

De manera que el espíritu filosófico recogido en este libro no puede resultar más estimulante y polémico, a causa de su rebeldía. La filosofía queda presentada como un constante decir ‘no’ a lo impuesto, a todo aquello que falazmente ha sido tomado como inexorable. Los conceptos manejados han quedado perfectamente engarzados en una unidad discursiva que va desvelándose conforme avanzan las páginas a lo largo de sus capítulos.

La disposición capitular bien merece una mención aparte. Unas páginas sobre la fenomenología de la actitud crítica inauguran el volumen, para dar paso a Platón y Aristóteles. Se continúa por el racionalismo y el empirismo modernos –comparten rótulo–, y Husserl y Heidegger –cada uno con sus páginas independientes–, para concluir en Horkheimer y Adorno –último momento de la obra–. Éstos son los hitos que José Manuel Chillón ha entendido fundamentales para exponer su tesis. Una lectura fugaz del índice puede hacérselo notar confuso e ingenuo: ¿saltos demasiado espaciados en el tiempo filosófico, ignorando quizá acontecimientos y momentos resolutivos para el pensamiento occidental? Esta imagen es, no obstante, equivocada y desafortunada desde el momento en que comprendemos que el autor no busca hacer un breve manual de historia de la filosofía.

El libro busca recuperar el valor de la filosofía como un pensamiento esencialmente crítico, y que así se ha desplegado en su historia. Es por ello que la elección de estos seis jalones es completamente ajustada y pertinente, toda vez que ha logrado responder satisfactoriamente a su propósito.

El desarrollo de los capítulos saca a la luz el profundo conocimiento que el autor tiene de nuestra tradición, ya que es capaz de entrelazar con encomiable elegancia los isomorfismos de los paradigmas antiguo y moderno en torno a la actitud crítica como matriz filosófica. Un ejercicio al alcance de muy pocos.

Se trata de una obra de gran valor, pues en ella el autor se atreve a reclamar una vuelta a los principios críticos de la filosofía occidental. Jugando con el título, podemos afirmar que José Manuel Chillón ha logrado mediante la distancia, acercarnos el compromiso de la filosofía como crítica: partiendo del estímulo socrático-platónico de la *Apología* nos guía gentilmente hasta el compromiso husserliano por rehacer al hombre tras la «crisis» de las ciencias europeas. Dijo Nietzsche premonitoriamente que nos entregaba la tarea de los próximos dos siglos; el profesor Chillón nos ha recordado que para acometer esta empresa hemos de recuperar la experiencia filosófica genuina, motor de la libertad. La lectura de este libro ha resultado, no ha lugar a dudas, inestimable.

Como corolario, es justo hacer una mención, aunque sea breve, al precioso Prólogo a cargo del profesor Pablo García Castillo. Se trata de una rapidísima incursión por algunos de los itinerarios de la filosofía griega relativos a la tarea del pensar y al porqué de la necesidad de la distancia para dicho fin. En apenas siete páginas se sintetiza el grueso de la obra, manteniendo inteligentemente el orden capitular del volumen. Y es que pese a partir y acabar en los griegos, se suceden anotaciones, casi cual *excursus*, que conectan el mundo antiguo con los diferentes autores y momentos que han dado cuerpo a este atinado y necesario libro.

Pablo Frontela Asensio
Universidad de Valladolid